

SALVADOR VÁZQUEZ FERNÁNDEZ\*

LAS RAÍCES DEL OLVIDO. UN ESTADO  
DE LA CUESTIÓN SOBRE EL ESTUDIO  
DE LAS POBLACIONES DE ORIGEN  
AFRICANO EN MÉXICO

INTRODUCCIÓN. LOS NEGROS MEXICANOS. UNA HISTORIA DE ASIMILACIÓN Y EXCLUSIÓN

Durante la última década del siglo XX y los primeros años del siglo XXI que inicia, los estudios sobre poblaciones africanas en México han comenzado a cobrar una notable relevancia, sobre todo si se toma en cuenta que la escasa producción literaria sobre el tema prácticamente se remite a la obra *La población negra en México*, de Gonzalo Aguirre Beltrán publicada en 1946. Probablemente este rezago se deba a que en gran medida “el estudio de los negros y los indígenas en América Latina no siendo México la excepción, se ha dividido por un lado en estudios de la esclavitud, de asuntos relacionados con ésta y de las relaciones raciales; y por otro lado, en estudios sobre los indígenas” (Wade, 1997: 36).

La historiografía colonial de algún modo ha reunido esta literatura en resúmenes sintéticos pero hasta ahora insuficientes si tomamos en cuenta que dentro del gran abanico de que se componen las ciencias sociales, solamente la historiografía y últimamente la etnohistoria se han ocupado con cierta profundidad del tema. Es bajo esta perspectiva de análisis que el caso mexicano se ha caracterizado por privilegiar los estudios indigenistas, ello debido principalmente a que las ideas sobre el mestizaje tuvieron un papel fundamental en la construcción de la identidad nacional, dejando de lado todo aquello que implicará la mezcla ra-

---

\* Doctorando en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Área de concentración: Relaciones de Poder y Cultura Política. Líneas de investigación: estudios raciales, racismo, ciudadanía, pobreza, exclusión y desarrollo comunitario.

cial con otros grupos considerados todavía más inferiores de lo que ya de por sí eran consideradas las poblaciones indígenas originarias.

A fin establecer una serie de criterios analíticos que permitan ofrecer al lector una mayor inteligibilidad en torno a la visión que a lo largo del tiempo se otorga a los estudios sobre las poblaciones de origen africano en México, propongo establecer cuatro momentos clave que en mi consideración permiten dilucidar con claridad la posición que han ocupado los negros africanos en el ámbito del debate respecto a la integración nacional: en el primer momento revisaré de manera general el periodo colonial. En esta etapa no realizaré mayores profundizaciones ya que la mayoría de la literatura sobre el tema se encuentra ya especializada en este momento de la vida nacional de nuestro país aunque aún resulta escasa, incluso como se verá, la mayoría de las referencias sobre este periodo corresponden a los trabajos del historiador Ben Vinson, quien es una autoridad en el tema; un segundo momento tiene que ver con el periodo que abarca de la Independencia y hasta las postrimerías de la Revolución Mexicana, es aquí en este punto donde se observa que el papel de los negros africanos dentro de la estructura social mexicana parece haber desaparecido, no obstante intentaré rastrear un poco lo que acontecía en esta etapa.

El tercer momento identificado justamente con la construcción de la ideología nacional a principios de los años veinte del siglo XX, basada en el mestizaje es a la vez un periodo contradictorio ya que por un lado se propugnó por resolver el problema del indio mexicano a través de la llamada “raza cósmica” impulsada por José Vasconcelos y que consideró como dos únicos protagonistas a los indígenas y a la población blanca descendiente de los españoles, dejando de lado a todos los demás grupos raciales como los judíos o los asiáticos, los negros no fueron la excepción; no obstante, por otro lado es en este periodo cuando surge la obra más importante que hasta ese momento se haya realizado sobre la población negra, escrita por Gonzalo Aguirre Beltrán.

Por último, el cuarto momento clave se resume en los análisis que la historia y la antropología mexicana han generado en los últimos años para describir las formas de vida de los grupos negros en el país, este nuevo empuje se ha denominado “la tercera raíz” y básicamente intenta distinguir las contribuciones que los afromexicanos han tenido en la construcción de la cultura mexicana, así como reivindicar a este sector casi siempre marginado de la historia nacional.

## EL PERIODO COLONIAL Y LOS ORÍGENES DE LA ESTIGMATIZACIÓN

Como en el caso de muchas de las colonias españolas, la Nueva España no produjo escritos de intelectuales o de corte literario importantes que incorpora-

ran a los negros como sujetos de estudio, no obstante y de acuerdo con Ben Vinson y Bobby Vaughn (2004), en algunos trabajos los negros figuran aunque de manera muy limitada en las Crónicas de la Conquista. Sin embargo, ésta aparición esporádica, siempre fue representada en términos secundarios, es decir, el negro como actor social, fue identificado desde un principio a partir de dos paradigmas ideológicos hegemónicos: por un lado, desde la concepción darwinista fundada en los elementos propios de la teoría de la evolución de las especies; y por otro lado, desde las ideas provenientes de la “voluntad divina”, ambas fundamentadas en la justificación de la superioridad racial basadas en las diferencias establecidas a partir del fenotipo.

Desde el primer momento del arribo de los africanos a tierras americanas, éstos ya poseían la categoría de esclavos. Bernal Díaz del Castillo, Fray Diego Durán y Francisco López de Gómara entre otros hicieron referencia a los soldados negros auxiliares que acompañaron a los conquistadores españoles. Estos cronistas por supuesto nunca ubicaron a los negros en el primer plano, sino que los utilizaron más bien como ornamentos de la trama central de sus relatos o como chivos expiatorios incluso bajo la figura de “antihéroes”. Ejemplo de ello es la historia del conquistador negro Francisco Eguía, el cual tuvo la desgracia de ser recordado por haber traído la viruela al Impero Azteca. Mientras en los escritos de la historia nacional personajes como Hernán Cortés gozan de la gloria, la fama y la fortuna producto de sus victorias en el campo de batalla, Eguía esta condenado a sufrir la ignominia de la enfermedad mortal que acabo con millones de indígenas inocentes e indefensos (Vinson, 2004: 21-22).

Otro caso interesante citado por el historiador afroestadounidense Ben Vinson, es el del conquistador negro Estebanico quien participó en las expediciones de Alvar Núñez Cabeza de Vaca entre 1528 y 1536. Al respecto, el estudio historiográfico de Vinson señala que:

Estebanico producía un gran temor entre las filas del enemigo por su imponente físico y ayudó a consolidar la conquista española en la frontera norte. Sin embargo, también se hizo hincapié en su impedimento de lenguaje que limitó su comunicación efectiva. Como la manipulación y el uso inteligente del lenguaje fueron elementos centrales para el éxito de muchas de las grandes empresas de la conquista, entre ellas la de Cortés, las habilidades y el impacto positivo que pudo tener Estebanico quedaron severamente menguadas. Al igual que en el primer caso, quienes acudan a la lectura de las crónicas de la conquista podrían reconocer tanto a Eguía como a Estebanico no como héroes, sino como responsables de la muerte de los indígenas o como simples bufones ineptos, sujetos siempre al control de los españoles. La historia de la esclavitud también tiene un lugar predominante en cuanto a la percepción que se tiene de los africanos llegados a la Nueva España. Ya para el siglo XVI la creencia en la inferioridad de los africanos quedó arraigada en

la tradición cultural y política de España, fundamentada y promovida aún más por la literatura del siglo de oro (Vinson, 2004: 25)<sup>1</sup>.

Las apreciaciones intelectuales y culturales de España acerca de la negritud y la esclavitud se extendieron al Nuevo Mundo. El negro esclavo, durante la Colonia, además de ser destinado al trabajo en los trapiches y haciendas de tierra caliente, también fue requerido, en un número importante, en todos aquellos lugares de tierra adentro, el altiplano y altas sierras, donde había explotaciones mineras, así como en los obrajes de las grandes ciudades. Según David Rojas, citando a Gonzalo Aguirre Beltrán,

[...] la influencia del negro, tanto en lo biológico como en lo cultural, no quedó limitada a las estrechas fajas costaneras: se ejerció sobre los centros vitales de un amplio territorio. La presencia del negro esclavo en esos centros vitales, en convivencia con la gran masa india sujeta a tributo, ambos, negro e indio, bajo la férula del amo-conquistador, obligó al funcionario colonial a estructurar una sociedad dividida en castas (Aguirre Beltrán, 1989, citado por Rojas, 1996).

Una vez efectuada la introducción del negro en las distintas regiones de la Colonia, las autoridades coloniales de la Nueva España dictaron todas aquellas leyes y disposiciones que le facultaran mantener una situación de hegemonía sobre los grupos mayoritarios de población, y trató de enclaustrar a su propio grupo conservándolo incontaminado tanto en lo biológico como en lo cultural. Para guardar la pureza de su sangre, se prohibió el matrimonio con negros y se creó un clima propicio para evitar el matrimonio con los indios. No obstante, y por más que se intentase a toda costa evitar las mezclas raciales, los constantes intercambios culturales conducirían inevitablemente al establecimiento de redes y relaciones de parentesco, aunque en casi todos los casos, éstas se llevaran a cabo en condiciones de clandestinidad. Rojas señala al respecto que:

Para mantener su cultura prístina, creó el Santo Tribunal de la Inquisición el cual tuvo como encargo ejecutar la feroz persecución de quienes se desviaban de las normas ortodoxas. Pero toda esa estructura carecía de bases sólidas fincadas en la realidad, dada la escasísima inmigración de mujeres españolas y la abundancia y continuidad de los contactos culturales con indios y negros, por cual sólo pudo ser sostenida artificialmente. Tampoco el negro, considerado infame por su sangre y por su condición de esclavo, quedó enclaustrado dentro de su casta: la escasez de mujeres negras, por una parte, la naturaleza ingenua del producto del vientre libre por la india, por otra, llevó a mezclarse con ésta, como medio indirecto

---

<sup>1</sup> Para un conocimiento más profundo sobre el particular, cfr. Díaz del Castillo, Bernal 1983 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (México: Porrúa).

para salir, al través de los hijos, del status en que había sido colocado. La acción del negro, pues, se realizó por conducto del mulato, del afro mestizo libre, como abundantemente lo prueban los documentos históricos (Rojas, 1996).

Bajo estas condiciones, el negro ciertamente no pudo reconstruir en la Nueva España, las viejas culturas africanas de las que procedía, como sí lo logro en regiones que hoy componen Colombia o Brasil. Una hipótesis sobre esta ausencia podría ser que, en realidad el proceso de aculturación fue sumamente efectivo debido a la gran influencia que las misiones religiosas católicas tuvieron en la región. Para Rojas, el negro se vio imposibilitado a incorporar su tradición cultural en la Nueva España debido a que:

[...] su status de esclavo, sujeto a la compulsión de los amos esclavistas cristianos, le impidió hacerlo. Aún en aquellos casos frecuentes en que la rebelión lo llevo a la condición de negro *cimarrón* y, aislado en los palenques, vivió una vida de absoluta libertad, su contacto con el indígena y con el *mestizo aculturado* le impidió llevar a cabo esa reedificación [...] A diferencia del indígena que, reinterpretando sus viejos patrones aborígenes dentro de los moldes de la cultura occidental, logró reconstruir una nueva cultura indígena, el negro sólo pudo, en los casos en que alcanzó un mayor aislamiento, conservar algunos de los rasgos y complejos culturales africanos y un porcentaje de características somáticas negroides más elevado que el negro esclavo, que permaneció en contacto sostenido con sus amos: pero en ningún caso persistió como negro puro, ni biológica ni culturalmente. Pudiera suponerse que tales circunstancias determinaron el olvido del negro por parte de los estudiosos mexicanos; pero en realidad ese olvido deriva de esa ignorancia que incluso hasta nuestros días permanece vigente acerca de la magnitud que entre nosotros alcanzó siempre la naturaleza mística de lo indio (Rojas, 1996; énfasis propio)<sup>2</sup>.

Lo anterior en cuanto a la materia cultural. Ahora, en cuanto a la cuestión demográfica, el número de negros durante la Colonia creció considerablemente cuando el imperialismo español estructuró la explotación de la colonia con base en una sociedad dividida en castas; pero no pasaron muchos años para que con los primeros pasos dirigidos hacía la abolición de la esclavitud, y el continuo mestizaje, ambos se constituyeran en factores decisivos para el decrecimiento de la valiosa mano de obra negra "original", para dar paso al advenimiento del híbrido libre que hizo incosteable la mano de obra esclavista y su posterior desaparición, sobre todo como ya se ha señalado, dado al intenso e incontenible mestizaje, mismo que fue completamente observable en el transcurrir de la etapa independiente.

<sup>2</sup> Vale aclarar que *Cimarrones* fueron llamados aquellos negros que huían de la esclavitud.

Actualmente, aún los grupos que hoy pudieran ser considerados como negros y que conservan muchas de sus condiciones históricas de opresión, es decir, aquellos que en virtud de su aislamiento y conservatismo lograron retener características somáticas predominantemente negroides y rasgos culturales africanos, no son, en realidad, sino considerados como mestizos, es decir, las consecuencias del periodo colonial fueron sumamente efectivas, que pensar en una identidad negra mexicana hoy día resulta impensable en la sociedad en general. Tal hecho no es más que producto de la mezcla biológica y sus resultantes de las dinámicas de la aculturación.

Durante la Colonia los negros fueron en realidad un grupo minoritario, aunque existen otras versiones que sostienen lo contrario<sup>3</sup>. Datos disponibles sobre la época muestran que los negros representaron del 0,1 al 2,0% de la población colonial; el número de los introducidos por la Trata de esclavos no fue mayor a 250 mil individuos en el curso de tres siglos. Pero los españoles tampoco fueron cuantiosos y, ciertamente, se establecieron en Nueva España en número menor que los negros. En cambio, los productos de la mezcla, tanto de negros como de españoles, si fueron considerables, ya que al finalizar la dominación extranjera en México, representaban el 40% de la población, y de esa proporción, el 10% era considerado como afromestizo (Rojas, 1996).

En síntesis, de acuerdo con el análisis de autoridades en el tema Vinson y Vaughn (2004), Naveda (2001), Correa (2005), Velázquez (2005) y Montiel (2005) los afromexicanos no ocuparon un lugar prominente en los tratados académicos, filosóficos y literarios, sobre todo en comparación con el lugar y la extensa literatura que existe sobre las poblaciones indígenas, ya que “para 1530 la Nueva España había construido una imagen negativa de los negros dentro de sus tradición intelectual, debido en gran medida a la importación de las ideas sobre la negritud de España” (Vinson, 2004: 33), y procurando a toda costa plantear mecanismos que justificaran la esclavitud africana no como un crimen sino como una necesidad de mano de obra, debido a la incapacidad de los indígenas para soportar tareas que requerían un gran esfuerzo físico como el trabajo en las minas y ante la necesidad de asegurar los territorios con temperaturas hostiles donde sólo los negros por sus características eran capaces de poder sobrevivir.

En este orden de ideas, los afromexicanos aparecen tardíamente en la literatura, tal como puede advertirse en las crónicas y en algunos tratados sobre la administración y las condiciones sociales de la Nueva España. Como bien lo

---

<sup>3</sup> Por ejemplo, Colin Palmer afirma que durante la segunda mitad del siglo XVI y aún a principios del siglo XVII, la población africana en México era la más grande de todo el hemisferio. Cfr. Palmer, Colin 2005 “México y la diáspora africana: Algunas consideraciones metodológicas” en Velázquez, María Elisa y Correa, Ethel (comp.) *Poblaciones y culturas de origen africano en México* (México: INAH).

señala Vinson, la presencia más frecuente de los afromexicanos se da en la documentación de la Iglesia y del Estado; aunque esta documentación es abundante, trata sobre todo de asuntos relacionados con el control social como el matrimonio. En suma, la evaluación y la experiencia de los afromexicanos se volvieron notablemente más complicadas cuando ocurrió la mezcla racial, ya que por el hecho de la prohibición de matrimonios entre indígenas y negros se vio regulada la miscegenación (Vinson, 2004: 33).

Como ya se menciona, las cifras de la población africana en la Nueva España no son precisas y difieren de los cálculos de entre un autor y otro; en mi opinión tal dificultad radica en el hecho de que además del comercio legal que caracterizó al periodo colonial, también hubo ciertamente un contrabando intenso que introdujo un número indeterminado de esclavos en todas las colonias americanas. Una vez más, a partir de los datos disponibles y dado su carácter de relatividad, según Bobby Vaughn, es posible estimar que durante 1570 había en la Nueva España 20.659 africanos; cien años más tarde, el número de éstos era de 35.089 y para 1742 su número había disminuido a 20.131; esta variabilidad numérica se debe indudablemente al intenso proceso de mestizaje en el cual el negro se vio inmerso desde su llegada a las nuevas tierras (Vaughn, 2005: 118).

## LA INDEPENDENCIA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Entre la lucha por la Independencia en 1810 y la Revolución Mexicana en 1910 transcurrieron casi cien años, tiempo más que suficiente para evitar reflexionar sobre el papel multicultural que debía de tener la nación mexicana, contrario a eso postulados sobre la unidad de la nación no solamente territorial sino cultural fueron las aristas que guiaron los pasos hacia la eliminación de todas aquellas categorías fenotípicas que no encajaban con la dicotomía indígena-español, mejor expresada en la “raza cósmica” de José Vasconcelos a principios del siglo XX. Sin embargo, y previo a este momento es posible rastrear algunos acontecimientos que den cuenta de la situación de la población negra, sobre todo en algunos de los discursos ideológicos de la época, aunque no deja de ser preocupante el mismo patrón de escasez de estudios empíricos sobre este sector de la población mexicana.

En 1821 México se convertía en una nación independiente de España. La clara ausencia de un proyecto de ciudadanía nacional representó un desafío en un territorio con muy diversas poblaciones asentadas en regiones diferenciadas y accidentadas del paisaje nacional. La búsqueda de un proyecto para la construcción de la nueva nación no tomó en cuenta la gran diversidad étnica y quedó en manos de los dirigentes políticos afianzados en el poder que otorgó la lucha ar-

mada. No obstante, un paso inicial e importante que tuvo varias derivaciones para el estudio de los negros en México fue que desde 1810 los ejércitos multiétnicos y multirraciales que encabezaron el movimiento de Independencia exigieron la libertad y la igualdad para todos a toda costa (Vinson, 2004: 34). Los resultados de esta demanda fueron prácticamente ignorados, pero uno de los más emblemáticos jefes insurgentes José María Morelos y Pavón enarbó sus demandas y así el 14 de septiembre de 1813 en un plan de veintitrés puntos denominado *Los Sentimientos de la Nación* presentado ante el Congreso Revolucionario en la Ciudad de Chilpancingo, defendió entre otras demandas, la eliminación de las distinciones de casta con el objetivo de lograr que toda la población se asumiera como iguales ente sí mismos y ante la ley.

Pero, no fue sino hasta el año de 1824 que se decretó en el Acta de la Federación del 13 de julio de 1824 el fin del comercio de esclavos y cinco años más tarde, el Decreto del 15 de septiembre de 1829 abolió la esclavitud. Para algunos autores como Álvaro Ochoa (1997), el destierro oficial del sistema de castas obstaculizó la tarea de los investigadores modernos para aclarar y comprender la experiencia negra en México. Sin embargo, el discurso racial, étnico y de casta nunca desapareció totalmente, sobre todo en el contexto cotidiano y en la documentación no oficial como en el caso de algunos registros parroquiales de Michoacán, Guerrero y Oaxaca (Vinson, 2004: 35). La eliminación del sistema de castas durante el siglo XIX también acentuó el papel que desempeñaron el gobierno y sus agendas políticas en la definición del discurso racial y más específicamente en el discurso acerca de la negritud mexicana. Cuando el gobierno vio la ventaja o la necesidad de utilizar las diferencias raciales para estructurar la articulación y la distribución del poder, entonces la negritud proliferó como una categoría aceptable en el vocabulario político de la época (Vinson, 2004: 36).

Las ideas sobre la raza se convirtieron así en elementos cruciales en los debates sobre la identidad nacional en un mundo donde ya los nacionalismos europeos dominaban la escena. Al igual que las elites latinoamericanas, la mexicana deseaba emular la modernidad y el progreso de las naciones europeas y terminó por aceptar en general el liberalismo que consideraba a la ciencia, la tecnología, la razón, la educación y la libertad del individuo como las fuerzas subyacentes del progreso (Wade, 1997: 42). Sin embargo, el problema para México era que en estas naciones modernas y progresistas o bien no tenían poblaciones negras e indígenas significativas, o bien las mantenían estrictamente segregadas, México en cambio sí las tenía y en un número considerable. Pero a pesar de ello, el país se vio seducido por las teorías de la biología humana que aceptaba el racismo científico occidental y con ello, relegando a los negros e indígenas a un estatus inferior permanente y condenaba a los mestizos como seres degenerados (Suárez y López Guazo, 2005: 85).



La elite mexicana trato de manejar esta situación intentando adaptar las teorías occidentales de la diferencia humana y la herencia. El determinismo racial europeo ponía énfasis en la degeneración producto de las mezclas raciales, y dicha adaptación postulaba la posibilidad de mejorar a la población mediante programas de “higiene social” para la salud y las condiciones de vida. El punto de referencia fueron las teorías de Lamarck sobre el carácter hereditario de las características adquiridas durante un tiempo de vida único, pues se mantenía la esperanza de una mejoría perdurable de la raza (Stepan, 1991). De esa forma se cuestionaba la idea de la degeneración del mestizo, ya que en realidad en México, la mezcla se convirtió en un símbolo de identidad nacional, libre de la emulación servil de los amos europeos.

No obstante, el tipo de mezcla al que se hacía referencia a menudo estaba sesgada hacia lo blanco. Es en este periodo cuando se estimuló la inmigración europea y hasta tenía un auspicio estatal. De hecho el proceso de mezcla se llegó a considerar como un “blanqueamiento” progresivo de la población. Con ello se esperaba la desaparición de los negros e indígenas y la creación de una sociedad mezclada cercana al extremo más distintivamente blanco del espectro. Esta visión se sustentaba por un lado, en las nociones eugenésicas de que la sangre blanca era más fuerte que otros tipos, y dominaría naturalmente en la mezcla y, por el otro lado, las políticas inmigratorias tratarían de impedir el ingreso de negros, judíos y asiáticos (Suárez y López Guazo, 2005: 91).

A pesar de la influencia que ejerció el darwinismo social, el poligenismo y el racismo científico durante la década de los sesenta y setenta del siglo XIX, la postura progresista de los positivistas en torno a la inmigración se puede sintetizar con una declaración popular de la época: “lo que es blanco por fuera puede ser negro por dentro” (Vinson y Vaughn, 2004: 38). Este modo de pensar revela que la negritud tenía una clara connotación negativa que los positivistas reivindicaban haciendo un llamado para examinar y evaluar con mayor profundidad el valor racial otorgado a la inmigración. La propuesta de los positivistas básicamente propugnaba para que cada inmigrante debiera ser evaluado según su capacidad total de trabajo y su habilidad y disposición para contribuir al progreso de la nación (Vinson y Vaughn, 2004: 39). Es contradictorio con lo arriba señalado, pero también sumamente interesante observar que en muchos casos, algunos ideólogos positivistas mexicanos preferían a los negros y asiáticos por encima de los blancos.

Procurando profundizar un poco más en lo anterior, es de señalar que en algunas producciones académicas y en la prensa durante las iniciativas de colonización del gobierno de Porfirio Díaz que tenían como fin el aumento de la población mexicana y el incremento de su capacidad para desarrollar los recursos del país, se propugnó por el ingreso de negros al país.

Esto ya ha sido señalado con claridad por Vinson y Voughn, quienes revelan a través de archivos hemerográficos que en 1895 el periódico *El Universal y Dos Repúblicas* publicaron sendos artículos en los cuales se explicaba que los negros, sobre todo los cosecheros de algodón estadounidenses contaban con técnicas especiales vitales para el progreso de la nación. Además de sus cualidades agropecuarias los positivistas alimentaban la idea sobre el hecho de que los negros que ya se encontraban en México habían demostrado una gran disposición para asimilarse. Los negros que provenían de los Estados Unidos y del Caribe anglófono se esmeraban en aprender a lengua española e incluso se habían adaptado a las costumbres mexicanas de suerte que algunos de ellos llegaron a convertirse en pequeños propietarios (Vinson y Vaughn, 2004: 39).

Otra posición similar es la que de acuerdo con Moisés González Navarro (1994, citado por Vinson, 2004: 39), durante la década de los años setenta del siglo XIX, el entonces Secretario de Hacienda Matías Romero aseguró que los negros correspondían al tipo o perfil casi ideal del inmigrante. Según lo anterior, el argumento era que si no era posible traer a México otros latinos de Europa como primera opción, entonces los negros serían la mejor alternativa. Los negros resultaban ideales para desarrollar regiones del país como las costas calientes y húmedas del país gracias a su fuerza, su resistencia física y sus hábitos de trabajo arraigados socialmente.

No sólo las posturas referentes a los buenos atributos de la población negra fueron sobresalientes durante la época. Algunos de los opositores a la inmigración negra sostenían que los negros representaban un peligro para la moral de la nación. En 1910, en respuesta a un proyecto que pretendía traer para México a cerca de 20.000 negros, el historiador Alberto Carreño advirtió que:

Los negros tenían que ser detenidos a toda costa. Poner en contacto a los indios con poblaciones negras, a los primeros les serían “contagiados” una serie de vicios propiamente negros, lo cual representaba un peligro, además de ser un retroceso cuando de lo que se trataba era de mejorar la condición de la población indígena y no empeorarla (Carreño, 1910, citado por Vinson, 2004: 40).

Quizá uno de los primeros esfuerzos de la época por tratar de mostrar el valor que la presencia negra tenía en México se encuentra expresado en la obra más importante del historiador Vicente Riva Palacio: *Los treinta y tres negros*. Esta obra aborda una serie de pequeñas historias acerca de la resistencia negra en la Ciudad de México y Veracruz a principios del siglo XVII. La obra cuenta que “Yanga” quien era considerado el espíritu de aquella revolución se enfrentó al ejército comandado por el capitán Don Pedro González de Herrera. A pesar de la derrota, Yanga y su gente se escabulleron en el bosque para luego crear su propia

comunidad. Sin embargo, el cuento resalta el valor de lo que para los negros de aquella época –1609– fue un triunfo y de hecho el principio de su reivindicación:

Yanga y los demás que le acompañaban, viendo que no era posible resistir más, huyeron para los bosques, no dejando en poder de sus enemigos más que algunos cadáveres. Aquello era un triunfo, pero un triunfo tan efímero como costoso. Los negros que habían huido volverían a hacerse fuertes en otro lugar, y sería necesaria una nueva batalla, que no daría más resultado que el que ésta había dado: conquistar a la fuerza de sangre una posición que había necesidad de abandonar a poco tiempo (Riva Palacio, 1989:11).

Durante la última década del siglo XIX y la primera del XX, envuelta en una guerra civil, es decir la Revolución Mexicana, parecía que los negros nuevamente desaparecerían de la escena, sin embargo era evidente que los nuevos afro-mexicanos comenzaban a ganar un pequeño pero perceptible espacio de reconocimiento en la historia nacional del México revolucionario, aunque quizá nadie previó que México incluso como nación independiente no escaparía de las ideas hegemónicas de Occidente, dado su carácter periférico dentro del sistema mundial.

#### EL PERIODO POSREVOLUCIONARIO. EL SURGIMIENTO DE LOS ESTUDIOS AFROMEXICANOS

En 1990, Alan Knight publicó un ensayo intitulado *Racism, Revolution and Indigenismo. México, 1910-1940*<sup>4</sup>. En este ensayo Knight sostiene que el México moderno es una mezcla racial. En su opinión el punto de partida de un sin fin de teorías, no tiene poder explicativo intrínseco. Las supuestas bases genéticas de la diferenciación racial nunca han sido probadas y, por lo tanto, la simple categoría de “raza” ha sido cuestionada, y con razón. La moderna población mexicana es, sin embargo, una mezcla de diferentes grupos que exhiben rasgos somáticos contrastantes; es el resultado de la mezcla entre españoles e indígenas desde el siglo XVI. Otros grupos raciales como los negros en particular también contribuyeron a esta mezcla (Knight, 1990), aunque a lo largo del tiempo hayan quedado prácticamente olvidadas sus contribuciones producto del racismo y de la influencia de las teorías modernas del darwinismo social.

---

<sup>4</sup> Ya es posible encontrar una versión de este ensayo en español traducido del inglés por Rodríguez López, María Teresa 2004 “Racismo, Revolución e Indigenismo. México, 1910-1940” en Gómez Izquierdo, José Jorge (coordinador de la serie) *Cuadernos de estudios sobre el racismo* (México: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla)

Como se ha podido intuir, el mestizaje ha sido la idea central predominante durante el siglo XIX y la mitad del siglo XX en la construcción de una ideología homogeneizante y de unidad nacional. El más célebre promotor del mestizaje en México fue José Vasconcelos. Vasconcelos fue un filósofo y político que aportó un breve pero dinámico liderazgo como ministro de educación de 1921 a 1924. Su formulación acerca de la “raza cósmica” sostenía que la nueva mezcla racial que debía prevalecer no sólo en México sino en el mundo. Revirtiendo los antiguos postulados biológicos, los cuales habían considerado el hibridismo como inferior a las razas puras, Vasconcelos aplaudió el proceso de mestizaje. El mestizo era considerado como el “puente hacía el futuro” pues representaba a un ser superior, rápido, vivaz, sutil, voluble, sin prejuicios y amante de la novedad. No hay evidencias claras de si acaso Vasconcelos omitió voluntariamente o no la presencia africana en México, lo que sí es evidente es que no la tomo en cuenta para sus formulaciones<sup>5</sup>.

La aparición formal de lo que posteriormente condujo a denominarse “estudios afromexicanos” puede atribuirse a Gonzalo Aguirre Beltrán. En 1946, vio por primera vez la luz *La población negra en México*. En México, su aparición no fue recibida con gran ovación como si fue recibida por parte de la comunidad internacional, incluso teniendo en su aspecto comercial, excelentes ventas y reseñas sumamente positivas y favorables. En sus investigaciones sobre los negros, Aguirre Beltrán comprendió que los negros estaban mucho más involucrados en la historia nacional de lo que hasta en ese momento se pensaba y que no constituían únicamente una pequeña población regional con impacto incidental en el desarrollo de la nación (Vinson y Voughn, 2004: 54).

Como bien lo señaló Aguirre Beltrán, a diferencia del indígena que, reinterpretando sus viejos patrones aborígenes dentro de los moldes de la cultura occidental logró reconstruir una nueva cultura indígena, “el negro sólo pudo, en los casos en que alcanzó un mayor aislamiento, conservar algunos de los rasgos y complejos culturales africanos y un porcentaje de características somáticas negroides más elevado que el negro esclavo, que permaneció en contacto sostenido con sus amos: pero en ningún caso persistió como negro puro, ni biológica ni culturalmente” (Aguirre Beltrán, citado por Rojas, 1996). Ahora, y ante semejante panorama, pudiera suponerse que tales circunstancias determinaron el olvido del negro por parte de los estudiosos mexicanos; pero en realidad esa ignorancia derivó de la magnitud que entre la historiografía y en menor medida la antropología, alcanzó la naturaleza mística de lo indio. Así, y debido a ello, la academia mexicana interesada en el tema

---

<sup>5</sup> Para remitirse a la fuente y no a esta interpretación, cfr. Vasconcelos, José 2006 *La raza cósmica* (México: Porrúa).

[...] sólo tenía ojos para lo indio y cerrábamos la razón a todo aquello que no encajara dentro del esquema sentimental elaborado sobre lo indio por nuestros románticos del siglo pasado. Los estudiosos extranjeros de lo mexicano, que incluso hoy en día siguen siendo mayoría, inexplicablemente sufrieron, también ese contagio místico de lo indio, sin que en ellos pesara la herencia emotiva e imponderable. Unos y otros sólo tuvieron en cuenta lo indio y lo español; lo negro no entró nunca en la esfera de sus preocupaciones, la gran contribución y virtud de los estudios afroamericanistas y del método etnohistórico, fue el descubrimiento del negro en México (Rojas, 1996).

El énfasis que Aguirre Beltrán puso en la importancia del estudio del negro y la necesidad de su aproximación etnohistórica, tiene una motivación de orden práctico de gran trascendencia. Aguirre Beltrán consideró que en todo caso “se trata de la necesidad de tener siempre presente al negro donde quiera que se pretenda realizar un estudio exhaustivo e integral de la cultura nacional o de las culturas indígenas regionales” (Aguirre Beltrán, citado por Rojas, 1996). Él mismo advierte que de no hacerlo, se seguirá dejando en el conocimiento y en la interpretación, como hasta hoy se ha hecho, una laguna de grandes proporciones.

La comunidad académica nacional e internacional, en general considera que Aguirre Beltrán además de ser el pionero de los estudios sobre poblaciones negras en México durante el siglo XX también es reconocido ampliamente sus aportaciones de carácter metodológico a través del estudio etnohistórico. A través del método etnohistórico se puede tener una base sólida, que requiere además del complemento ineludible de la investigación etnográfica. Sin ella no tendrían verificación las resultantes del proceso histórico, el precipitado de la aculturación, y la disciplina no pasaría de ser una porción especializada de la historia, esto es, no habría fundamento lógico para hacerla figurar como parte integrante del conjunto de ramas disciplinarias que constituyen el corpus de la antropología.

La obra de Aguirre Beltrán tuvo una gran influencia en los investigadores extranjeros que vinieron a México durante la década de los años cincuenta. Luego de la publicación de *Slave and Citizen* de Eric Williams, aumentó la atención que la comunidad académica internacional le confirió a México como estudio de caso para determinar de qué manera difirieron la esclavitud y las relaciones raciales en América Latina con los Estados Unidos. El interés por México fue creciendo gradualmente, y aunque Brasil y Cuba fueron los puntos de comparación iniciales, con el tiempo, México adquirió mayor importancia como espacio para la evaluación de distintos patrones en las relaciones raciales de la propia América Latina (Vinson y Voughn, 2004: 61).

Algunas de las primeras indagaciones que implicarían el giro intelectual contemporáneo sobre el estudio de las poblaciones negras en México, versaban

sobre la pregunta de si acaso la esclavitud mexicana fue más benigna que en otras regiones, puesto que durante la época colonial la economía se centró básicamente en la minería y no en el cultivo de azúcar. Otra vertiente de estudio que también se constituyó a finales del siglo XX, tenía que ver con la reflexión acerca del carácter doméstico y urbano de la esclavitud mexicana que marcaba una diferencia con otras colonias como Nueva Granada o Perú, tal como lo evidencia Lourdes Mondragón:

A pesar de que dentro de las clases sociales el negro ocupaba una posición en extremo baja, quienes eran servidores domésticos tenían en lo general mejores condiciones de vida. Posiblemente poseían algunas características idóneas para esa clase de actividades o tal vez el precio que se había pagado por ellos incidía en que su condición fuera mejor (Mondragón, 1999: 64).

En complemento con la historia colonial que había sido hasta el momento e incluso hasta ahora la principal fuente de estudio en las monografías sobre africanos en México, se encuentra la historia demográfica inaugurada por Sherburne Cook. Cook creó una metodología para cuantificar la caída y la recuperación de la población indígena durante el periodo colonial. Su trabajo incentivó el interés general en la interpretación de las categorías censales y su significado. Sin embargo, el estudio presenta una serie de contradicciones de esta corriente, sobresalen las inconsistencias encontradas en el censo de 1793, particularmente al intentar averiguar exactamente qué distinguía a un español, un mestizo, un mulato, o cualquier individuo de otra casta. En su análisis, Cook concluyó que si la categoría racial había sido tan fluida, entonces hasta qué punto importaron los factores de raza y de casta en las relaciones sociales, legales y económicas de la época colonial (Vinson, 2004: 63).

Por último, en la década de los años setenta y los años ochenta del siglo XX, el importante efecto que tuvieron los intereses de la comunidad internacional en el país y las nuevas tendencias de corte teórico, detonaron la explosión de los estudios afromexicanos. Enriqueta Vila Vilar y Colin Palmer encabezaron un esfuerzo por revisar la evaluación demográfica hecha por Philip Curtin sobre el comercio de esclavos a México. La consideración de ambos autores fue que probablemente se habían importando mucho más esclavos de los que se había creído, porque en su consideración, los estudios anteriores incluyendo el trabajo de Aguirre Beltrán no midieron con precisión las importaciones de esclavos a Veracruz (Vinson, 2004: 64). No obstante lo importante de esta aportación, aparecía una vez más la predisposición por los estudios regionales.

LOS ENFOQUES CONTEMPORÁNEOS: LOS ESTUDIOS AFROMEXICANOS Y  
LA TERCERA RAÍZ

Como se ha señalado al inicio de este ensayo, durante la última década del siglo XX y lo que va del siglo XXI, los estudios sobre poblaciones africanas en el país han adquirido una relevancia significativa, no obstante, en mi opinión, aún habría que desarrollar de manera más profunda los enfoques metodológicos para su reflexión. En el México actualmente existen dos programas de investigación abocados al estudio de las poblaciones negras o de origen africano en México. Uno se desarrolla en la Universidad Nacional Autónoma de México y se denomina “Estudios Afromexicanos”; el otro programa auspiciado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia se denomina “La tercera raíz”. Ambos programas reúnen a una serie de académicos del más alto nivel preocupados por la recuperación histórica de los pueblos afrodescendientes, así como por indagar acerca de sus contribuciones políticas, sociales y culturales a la nación mexicana.

Pero antes bien, y luego de haber realizado un bosquejo del estado del arte —me atrevería a decir incluso que demasiado general y bastante apegado a los planteamientos trazados con anterioridad por Ben Vinson— sobre el desarrollo de los estudios afromexicanos, en este momento intentaré esbozar algunas consideraciones sobre la pertinencia de contar con un enfoque multidisciplinario para acercarnos a la realidad social del negro mexicano, esto a partir de un punto de vista que incorpore términos conceptuales como la raza, la etnicidad, la clase y el género de manera más amplia, ya que al abstraerlos únicamente bajo referentes históricos y en menor medida antropológicos pierden su dimensión conceptual de amplio espectro analítico.

En la actualidad en el mundo en general existe un debate sumamente acalorado sobre si al referirnos a la raza estamos refiriéndonos a la etnicidad. Mi posición es que no se trata de lo mismo. Explico porqué. Algunos autores como Michael Banton creen que la “raza” supone una identificación categorial que denota a “ellos”, basándose en características físicas o fenotípicas, mientras que la etnicidad es la identificación de un grupo cultural específico correspondiente al “nosotros” (Banton, 1988). Desde este punto de vista la etnicidad sería algo voluntariamente asumido por uno mismo, mientras que la identificación racial es algo impuesto al otro.

Una notable diferencia entre ambos conceptos es el hecho de que la raza posee una fuerte carga emotiva, es decir, la raza implica una serie de constructos de clasificación social con una considerable consideración que mira a la vez al auto ensalzamiento por “méritos” o denigración de los méritos ajenos históricos y contemporáneos (Wade, 1997: 21). El concepto de etnicidad de acuerdo con Wade es a la vez más fácil y más difícil: tiene menos historia y carga moral, pero

también se le utiliza más vagamente. De hecho, la palabra *etnicidad* comenzó a emplearse en el discurso académico durante la Segunda Guerra Mundial. La palabra *etnicidad* se basa en la palabra griega *ethnos*, que significa pueblo o nación (Wade, 1997: 23).

De este modo, la raza se adscribe a una serie de prejuicios construidos a partir de argumentos que pretenden acreditar la inferioridad de unos grupos sociales y la superioridad de otros, por lo que la directriz final sería la naturalización de las diferencias. La *etnicidad* posee una adscripción identitaria producto de la voluntad del sujeto y no se trata de una imposición arbitraria, prueba de ello son las luchas históricas que a lo largo de la existencia de la humanidad han disputado los grupos étnicos por el control de los territorios y de los recursos para garantizar su supervivencia y afianzar su identidad.

En México, esta confusión conceptual resulta evidente en el proyecto de unidad nacional de los años treinta. Si la fusión entre dos razas, la blanca española y la indígena fueron las que dieron como resultado el mestizaje de la población mexicana, ¿por qué no se consideraron otros grupos raciales en el proyecto de integración nacional? Una primera respuesta tentativa sería que al plantear a las poblaciones indígenas como grupos étnicos, se estaría acreditando en su fuerza identitaria y en su muy arraigado sentido de pertenencia.

Observar a las poblaciones negras como grupo racial permitió justamente atribuirles un sentido de inferioridad y por tanto, como grupos susceptibles de ser estereotipados, dominados y asimilados con relativa facilidad. Los negros por su condición “real” de inferioridad tenderían a ser eliminados de la cartografía poblacional precisamente porque la idea central de la mezcla racial, cuando menos en el caso mexicano, pretendió crear una raza superior, donde en términos jurídicos todos serían iguales; si el negro por naturaleza es inferior, ¿cómo otorgarle una igualdad ante la ley?

En cuanto a la raza y la clase, la misma confusión conceptual se presenta en los análisis sobre las poblaciones africanas. Si bien es cierto que históricamente el ser negro es sinónimo de pobreza, esto no es tampoco una relación natural, se trata más bien de una especie de juego entre el poder económico y el control político. Ambos mecanismos de dominación operan en los miembros de cada cultura o región a través del aprendizaje de una serie de códigos nacionales, incluso transnacionales de clasificación. Así, lo que puede observarse es que se trata de códigos producto de circunstancias históricas particulares.

En opinión de Catharine Good Eshelman, las personas que han asumido e interiorizado estos mecanismos de dominación creen que su sistema de clasificación, y todos los atributos, normas de conducta y estereotipos asociados con estas designaciones son absolutos y fijados por la naturaleza (Good, 2005: 142). Si se concediera este argumento, entonces no habría nada que hacer puesto que este



sistema sostiene que esa naturaleza inferior se debe a las leyes de la sangre y que por eso es universal y científicamente comprobado.

Los análisis más recientes entre la pertenencia a una clase social y la pertenencia a una “raza” sugieren que los elementos racistas son utilizados para el mantenimiento de la estructura de clases, perfilándose dos tendencias explicativas sobre estas base, una de tipo weberiano y otro de orientación marxista. La tendencia weberiana considera que la estructura racial está impuesta por el capital, pero se ve agravada y profundizada por las agencias estatales que intentan regular el flujo y reflujo de la fuerza de trabajo negra, entendida como una infraclase, según los intereses del capital. Representa una posición liberal sobre las relaciones entre las razas, que tiende a mejorar las condiciones de vida de los perjudicados y no a transformar la base socioeconómica que provoca la exclusión (García, 2004: 64).

Desde el punto de vista de la tendencia marxista, la relación establecida entre racismo y capitalismo es fundamentalmente de carácter instrumental, ya que el capitalismo utiliza el racismo no para que este se vea beneficiado sino para que el capital obtenga provecho de ello. La consecuencia es que las luchas contra el racismo, en función de esta inserción estructural, son una parte integrante de las luchas contra el capitalismo que es el responsable de la desigualdad más general; de modo que, sin una redistribución económica, lo único que hace el crecimiento económico es propiciar las formaciones racistas, en vez de eliminarlas (García, 2004: 65).

En mi opinión, el problema de la antropología mexicana particularmente en la década de los años sesenta y setenta residió en su enfoque marxista unilateral. Al considerar que los problemas del país se encontraban sustentados en lo que definían como un problema de lucha de clases parecía que los únicos actores en condiciones de desigualdad eran los campesinos y los indígenas. Ello produjo un sesgo en los estudios de otras realidades como la de los negros, donde ya no sólo el discurso ideológico promovió el olvido de las poblaciones negras, contradictoriamente las ciencias sociales también. No obstante, tampoco se puede dejar de reconocer las aportaciones que estas visiones teóricas y metodológicas. Gracias al conocimiento histórico hoy es posible sostener que los afrodescendientes no conformaron pueblos específicos sino que se dispersaron por todo el territorio nacional.

La cuestión de género no escapa a los novedosos enfoques de estudio de la población negra. Para María Elisa Velásquez, el abordaje de los estudios sobre la población de origen africano en México pasa como con la historia de las mujeres: “mientras no pone uno el ojo y las trata de encontrar, no las encuentra, y parece que no existieron. Así pasó con los africanos en la historia del país. No los hemos querido ver, pero ahí están” (Velásquez, 2005:120). Es notoriamente ausente en

la historiografía de la población africana en México la perspectiva desde el punto de vista de lo que sucedía con las mujeres negras. Esto aún resulta bastante difícil debido a la presencia de dos obstáculos centrales: su segregación étnica o racial y la propia exclusión de género, pues como sucede en la actualidad, el sólo hecho de ser mujer ya es una condición para argumentar su supuesta inferioridad.

En suma, hoy las poblaciones africanas en México sólo son ubicables como pueblo y como reproducción cultural y fenotípica más notable en ciertas regiones de los estados de Veracruz, Guerrero y Oaxaca. El caso de Veracruz ha sido muy estudiado y ahí la población de origen africano estuvo reciclada por toda la influencia afrocaribeña.

Es de mencionar que uno de los esfuerzos más interesantes por tratar de articular las diversas perspectivas en el estudio de las poblaciones africanas en México es el Programa “Nuestra Tercera Raíz”. Surgido en 1990, este programa se propone por un lado, alentar y profundizar las investigaciones sobre la presencia africana en México y, por otro, proporcionar un espacio para la discusión científica inexistente hasta ese momento. Algunos de los aspectos más sobresalientes del programa son el incentivar la investigación hacia tres orientaciones fundamentales. La primera, es al que tiene que ver con el comercio esclavista hacia el interior, el origen étnico de los esclavos, su ubicación e impacto en todos aquellos trabajos que les fueron asignados, es decir, revisar su inserción en la economía colonial.

Una segunda orientación se deriva de indagar sobre su integración a la sociedad novohispana, la constitución de la familia esclava, su participación en el mestizaje, la legislación que pretendió normar y reprimir la actuación del esclavo africano y de sus descendientes en la sociedad colonial, la organización misma de la sociedad de castas con sus mecanismos de ascenso social, es decir, la movilidad de una casta a otra, las diversas formas legales de alcanzar sus libertad, la resistencia y el cimarronaje; en suma, la asimilación del negro a la sociedad. Por último, una tercera orientación se vinculó a la sobrevivencia y reproducción de las manifestaciones culturales de origen africano durante el periodo colonial, así como la conservación de elementos de africanía integrados a las culturas regionales (Reynoso, 2005: 88-89).

Estos enfoques hasta cierto punto novedosos permiten demostrar que la población africana si está presente en los archivos y que hay otras fuentes para investigarlos, como las imágenes, la tradición oral u otras herramientas de la antropología. Sin embargo, todavía resulta insuficiente, pues habría que incorporar estudios que nos permitan observar cuál es la situación actual de la diáspora africana en las costas de México, además de procurar desmenuzar aún más los

análisis sobre sus procesos rituales, su cosmogonía, sus tradiciones y sus aportaciones contemporáneas a la vida cultural y social de México.

En pleno siglo XXI, los datos históricos y estadísticos de los mexicanos descendientes del África viviendo en México no están registrados en los anales históricos censales. Los negros mexicanos, como grupo homogéneo, no aparecen mencionados dentro la historia mexicana hasta el punto que muchos mexicanos dicen que no existen.

Esto es producto como ya mencioné de que en el imaginario nacional, los mexicanos se proyectan como indios o mestizos, básicamente como una mezcla europea y autóctona. Desde que España colonizó México en 1500 y casi aniquiló a los indios originarios, algunos se atreven a decir que México es un país español, no obstante de que alrededor del 9% de la población mexicana es afromexicana. Se trata de un número importante si se considera que la población total de México oscila alrededor de los 103 millones de habitantes, aún así los negros raramente son asociados con la historia nacional.

Quizá una de las mayores dificultades para ubicar nuevas líneas de investigación sobre las poblaciones africanas en México, sea el hecho de que la gente no reconoce que en el país exista racismo. Esta negación sistemática es producto de la profunda interiorización y asimilación de la política nacional del mestizaje representado en la “raza cósmica”. Al mismo tiempo, la academia tampoco muestra demasiado interés en el tema. De hecho, probablemente sólo el programa de posgrado en Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa posee una línea de investigación sobre racismo. Es urgente que la comunidad académica preste atención de que en México el racismo es más común de lo que se imagina y que es éste un punto nodal para abrir nuevos caminos de posicionamiento de los grupos excluidos del país; excluidos en gran medida por la invisibilidad a los ojos de las políticas económicas y sociales por parte del Estado, pero reforzada por el tratamiento folclórico que las ciencias sociales le han dado a las culturas “no asimiladas”.

Por último, en el mapa que sigue puede observarse con claridad la importancia y pertinencia que tienen las poblaciones de origen africano en México. La concentración de afromexicanos que en la actualidad viven en la Costa del Pacífico de México en aldeas construidas hace aproximadamente 300 años se caracteriza por sus condiciones de pobreza extrema y alta marginación. En la denominada “Costa Chica”, particularmente los estados de Guerrero y Oaxaca son enormemente habitados por personas de herencia africana. A lo largo de siglos se han mezclado con las razas indígenas y han formado muchas nuevas comunidades.

## Díaspóra Africana en México



Fuente: Investigación propia.

### REFLEXIÓN FINAL

Los mexicanos negros se están colocando en la escena mundial y sus historias están siendo promovidas globalmente. Investigadores y algunas organizaciones están dando su asistencia. Con la pobreza rampante que impera en la mayor parte del país, más negros están emigrando a los Estados Unidos (N'zinga, 2001). Sin embargo, su participación en la construcción de México ha sido suprimida de los textos oficiales y apenas ha comenzado a ser difundida a través de monografías y estudios de corte académico. Sus ancestros africanos no son mencionados y su cultura ha sido proclamada por la elite política y económica como exclusivamente mexicana. Es preciso con urgencia reflexionar en las contribuciones del afromexicano en la historia nacional y sobre su quehacer cotidiano en la construcción de una nación multicultural.

Al igual que en varios otros países del mundo como por ejemplo Brasil, un país que posee cerca del 50% de su población de origen africano, los educadores en su mayoría rurales han decidido incorporar la historia negra en las aulas, como ya sucede en los pueblos de formación negroide como Cuajinicuilapa, Guerrero.

Además existen planes acorto plazo para construir el primer centro cultural dedicado a la experiencia afromexicana.

Un paso fundamental para que eso así sea ha sido la aprobación de una iniciativa del Ejecutivo en 1992 y luego modificado nuevamente en el año 2001 para adicionar al artículo 2 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos un primer párrafo en los siguientes términos:

La nación mexicana es única e indivisible. La nación tiene una composición *pluricultural* sustentada originalmente en sus pueblos indígenas que son aquellos que descienden de poblaciones que habitaban en el territorio actual del país al iniciarse la colonización y que conservan sus propias instituciones sociales, económicas, culturales y políticas, o parte de ellas (Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, 2004, énfasis propio).

Si bien el artículo no hace mención alguna acerca de las poblaciones de origen africano, como tampoco en ninguna otra parte de la Constitución, sí hay ya un reconocimiento de una nación pluricultural. Desde mi consideración es este un primer esfuerzo para el reconocimiento de las identidades culturales que conforman la diversidad de nuestro país y el enorme sentido e importancia de la diferencia.

La antropología, la sociología, los estudios territoriales y las demás ciencias sociales tienen en la actualidad una tarea sumamente importante e interesante: el rescate de las tradiciones y las aportaciones que los pueblos africanos y que se constituyen en parte de la identidad nacional. Si bien la historiografía ya ha hecho bastante por establecer una línea en el tiempo que permite dar cuenta de las condiciones de opresión de los esclavos en las colonias americanas, ahora corresponde establecer nuevos derroteros de análisis cuyo objetivo sea reconocer el carácter de sujeto del negro mexicano. Sin embargo, mientras prevalezca una ideología fundada en las imágenes de la asimilación y no de integración, los pueblos indígenas y negros de México y de toda América continuarán sujetas a las imposiciones de los grupos dominantes y por consecuencia a la perennidad de la injusticia y la exclusión.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Beltrán, Gonzalo 1989 *La población negra en México. Estudio etnohistórico* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Carreño, Alberto María 1910 “El peligro negro. Discurso leído por el señor Alberto María Carreño el 28 de Abril de 1910 en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística” en *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* (México).

*Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* 2004 (México).

García Martínez, Alfonso 2004 *La construcción sociocultural del racismo. Análisis y perspectivas* (Madrid: Dykinson).

Good Eshelman, Catherine 2005 “El estudio antropológico-histórico de la población de origen africano en México: Problemas teóricos y metodológicos” en Velázquez, María Elisa *Poblaciones y culturas de origen africano en México* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia).

Gómez Izquierdo, José Jorge 2001 *La región de las quimeras. Jerarquías raciales en el país de los mestizos* (México: Fondo Editorial de Culturas Indígenas, Gobierno del Estado de Veracruz).

González Navarro, Moisés 1994 *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970* (México: El Colegio de México).

Knight, Alan 1990 “Racism, revolution and indigenismo. México, 1910-1940” en Richard Graham (ed.) *The idea of race in Latin America, 1870-1940* (Austin Texas, University of Texas Press, Institute of Latin American Studies).

Mondragón Barrios, Lourdes 1999 *Esclavos africanos en la Ciudad de México. El servicio doméstico durante el siglo XVI* (México, Ediciones Euroamericanas).

Naveda Chávez-Hita, Adriana 2001 *Pardos, mulatos y libertos. Sexto encuentro de afro-mexicanistas* (México, Universidad Veracruzana).

N’zinga Strickland, Lula 2001 *Negro, mexicano e invisible* en <[www.etnianegrapanama.org/comentarios.html](http://www.etnianegrapanama.org/comentarios.html)> acceso 18 julio 2006.

Ochoa Serrano, Álvaro 1997 *Afrodescendientes. Sobre piel canela* (México: Gobierno del Estado de Michoacán, El Colegio de Michoacán).

Reynoso Medina, Araceli 2005 “Nuestra tercera raíz y los estudios sobre la presencia africana en México” en Velázquez, María Elisa. *Poblaciones y culturas de origen africano en México* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia).

Riva Palacio, Vicente 1989 *Los treinta y tres negros* (México: Secretaria de Educación Pública, CONASUPO) cuadernos mexicanos, N° 3.

Rojas, David 1996 *Los Negros en México, Investigación: Gonzalo Aguirre Beltrán hecha en 1948 y 1949* en <[www.folklorico.com/peoples/negros.html](http://www.folklorico.com/peoples/negros.html)> acceso 9 julio 2006.

Stepan, Nancy 1982 *The idea of race in Science: Great Britain, 1800-1950* (London: Macmillan).

Suárez y López Guazo, Laura 2005 *Eugenesia y racismo en México* (México: Universidad Nacional Autónoma de México).

Vaughn, Bobby 2005 “Afro-México: Blacks, Indígenas, Politics, and the Greater Diaspora” en Anani Dzidzienyo y Suzanne Oboler (eds.) *Neither enemies nor friends* (New York: Palgrave Macmillan).

- Velázquez, María Elisa 2005 “Etnia, género y cultura: balances y retos historiográficos” en *Poblaciones y culturas de origen africano en México* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia).
- Vinson, Ben 2004 “La historia del estudio de los negros en México” en Vinson, Ben y Bobby Vaughn *Afroméxico. Herramientas para la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, CIDE).
- Vinson, Ben y Bobby Vaughn 2004 *Afroméxico. Herramientas para la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, CIDE).
- Wade, Peter 1997 *Race and ethnicity in Latin America* (London: Pluto Press).